

de 2001 suena más bien al recurso habitual de políticos cobardes a «presiones externas» para imponer reestructuraciones neoliberales.

Con la bendición tácita estadounidense, se le ha permitido al yen debilitarse considerablemente, cayendo un 18 por 100 frente al dólar desde octubre de 2001 con la esperanza de alentar las exportaciones japonesas lo bastante como para aportar vida a la economía. El margen de manobra es escaso: un yen demasiado bajo podría propiciar una fuga de capitales, presionando en favor de un incremento de los tipos de interés; dada la gargantuesca amplitud de la deuda, el más mínimo aumento tendría efectos calamitosos. Al mismo tiempo, el yen tendría que debilitarse mucho más para generar un auténtico impacto. El HSBC calcula que una depreciación del 10 por 100 tan sólo sumaría un punto porcentual al crecimiento del PIB en dos años, lo que no es suficiente para sacar a Japón de la recesión<sup>26</sup>. Ya ha habido severas advertencias de China, Corea del Sur y Malasia de que la caída del yen amenaza desencadenar una espiral competitiva de devaluaciones en el Este y el Sureste asiáticos, sometiendo a una región que todavía se está recobrando de la crisis financiera de 1997 a una nueva oleada de inestabilidad. Pero también amenaza exportar la recesión japonesa a una economía global mucho menos preparada para afrontar tales traumas de lo que estaba en el punto más alto de la expansión estadounidense. A lo largo de la década de 1990 el deterioro económico de Japón se consideraba un problema esencialmente doméstico; eso ha cambiado ahora. En esta situación, el marchamo posmoderno del nacionalismo vulgar de Koizumi sólo puede exacerbar unas tensiones regionales que ya están en ascenso.

## ARTÍCULOS

DANIELE ARCHIBUGI

## DEMOS Y COSMÓPOLIS

A la luz de la filosofía política de los dos últimos milenios, podría resultar extraño encontrar emparejados los términos «democracia» y «cosmópolis»<sup>1</sup>. La democracia es el poder de muchos e, internamente, el gobierno de la mayoría. Surgió no como un concepto abstracto, sino como un medio de tomar decisiones tan concretas como qué gobierno nombrar; qué impuestos recaudar y a quién; cómo debería emplearse el dinero público o cómo organizar las escuelas y los hospitales. Otro rasgo definitorio: para que el poder de la *demos* funcione, todos aquellos que la constituyen deben pertenecer a la misma comunidad. Hasta hace escasas décadas, los miembros de las pocas democracias existentes —ciertas *polis* griegas, los cantones suizos, unas cuantas ciudades republicanas italianas— podían conocerse de vista. El término «cosmópolis» es tan antiguo como el de «democracia», sin embargo, desde su origen mismo se ha referido a una condición ideal. La idea de que el individuo es un ciudadano del mundo y, en realidad, de que el mundo podía convertirse en su *polis*, era una aspiración individual y no una realidad de masas. Únicamente los comerciantes, los soldados, los intelectuales extravagantes y unos cuantos potentados estaban familiarizados con tierras, ciudades y pueblos fuera de sus propias comunidades nativas. El resto, la mayoría —en otras palabras, la *demos*— sólo podían imaginar cómo eran otras partes del planeta a partir de las leyendas y las historias de los viajeros.

Las ideas de democracia y cosmópolis han atravesado numerosas fases, habiéndose modificado de forma progresiva a lo largo de los siglos, y en modo alguno carecemos de tratados eruditos en los que se recoge su evolución semántica, cultural, histórica e incluso antropológica. En primer lugar, la transformación innovadora de la democracia fue el resultado de la Revolución Americana, momento en el que se afirmó esta idea a una

<sup>26</sup> David PILLING y John THORNHILL, «Japan's Currency Trap», *Financial Times* (16 de enero de 2002).

<sup>1</sup> Mi artículo «Democracia cosmopolítica», NLR 5, recibió los comentarios críticos de Geoffrey HAWTHORN, «Gobernar el mundo a través de internet», NLR 6; David CHANDLER, «Justicia internacional», NLR 6; Timothy Brennan, «Cosmopolitismo e internacionalismo», NLR 7; y Peter GOWAN, «Cosmopolitismo neoliberal», NLR 11.

escala geográfica inédita. Los Padres Fundadores, no obstante, pensaron –entendiendo el término como democracia «directa»– que resultaba inapropiada para referirse al sistema que estaban designando; prefirieron bautizar a su criatura como sistema «republicano». En su celebrado proyecto filosófico *La paz perpetua*, también Kant prefiere el término de «república»<sup>2</sup>. Tan sólo en el siglo XIX, el sistema moderno de representación electoral fue considerado por los ciudadanos como una forma de «democracia», esto es, de democracia representativa.

Las fortunas cambiantes del «cosmopolitismo» no han sido menos dramáticas. A lo largo del milenio, éste se ha despojado de sus dimensiones ideales y originales y se ha materializado en la práctica. El número de personas –comerciantes, exploradores, escritores, intelectuales y, recientemente, turistas– capaces de viajar y conocer el mundo ha crecido a la par que la expansión económica y la consolidación de la sociedad de masas. Estos cosmopolitas, en la medida en que llegaron a familiarizarse con «la gente otra», desarrollaron dos actitudes hacia ella: la primera fue de curiosidad –que, como nos recuerda Giambattista Vico, es la hija de la ignorancia y la madre de la ciencia– hacia los hábitos y costumbres de las sociedades no occidentales; la segunda, paralela a la primera, fue la idea de que diferentes civilizaciones debían en último término confluir en la mejor de ellas. El cosmopolitismo significa no sólo descubrir, sino también evaluar, comparar, seleccionar y, finalmente, cuando sea posible, llevar a efecto los modos de vida considerados más válidos. Si los cosmopolitas han sido víctimas –con demasiada frecuencia– de la convicción de que, curiosamente, las mejores costumbres eran las propias, nunca han afirmado el uso de la violencia para imponer sus ideales<sup>3</sup>.

A pesar de todo, ni siquiera en la sociedad de masas actual –aun dentro de los confines del mundo occidental– se puede aplicar el epíteto «cosmopolita» a la *demos*, esto es, a la mayoría. En la era del ordenador, un tercio de las personas que habitan el planeta no han utilizado nunca un teléfono; el cosmopolitismo continúa siendo prerrogativa de una elite<sup>4</sup>. Resulta francamente sorprendente que ambos términos –supuestamente

<sup>2</sup> G. Hawthorn, cit., fracasa en su comprensión de la cuestión filosófica: para Kant, lo que denominamos democracia directa puede convertirse en una forma de despotismo. Hawthorn también me acusa de «describir inadecuadamente» la posición de Kant, sin embargo, la visión que él me atribuye no se corresponde con mi propia interpretación de los textos de Kant. De hecho, creo que Kant sugiere un sistema internacional a medio camino entre una confederación de Estados y un Estado federal. Véase mi artículo «Models of International Organizations in Perpetual Peace Projects», *Review of International Studies* 18 (1992), pp. 295-317, e «Immanuel Kant, Peace and Cosmopolitan Law», *European Journal of International Relations* I (1995), pp. 429-456.

<sup>3</sup> Gowan, cit., describe con acierto el diseño de la hegemonía internacional durante la última década. Sin embargo, considero que es demasiado indulgente al denominarla «nuevo cosmopolitismo liberal» en lugar de, más crudamente, «nuevo imperialismo».

<sup>4</sup> Informe sobre el Desarrollo de Naciones Unidas, *Making New Technologies Work for Human Development*, Nueva York, 2001.

producto de un nacimiento gemelo en la cuna griega de Occidente– hayan permanecido apartados de un modo tan radical uno del otro a lo largo de los siglos. Quizá el motivo reside en la siguiente diferencia intrínseca entre sus puntos sociales de referencia: mientras uno habla en nombre de muchos, el pueblo, el otro implícitamente evoca el privilegio de unos pocos. Sin embargo, cuando hace cerca de una década comenzamos a trabajar sobre la democracia cosmopolita, habían emergido nuevas condiciones que justificaban de modo convincente la conjunción de estas dos ideas aparentemente tan antitéticas<sup>5</sup>.

### *La apoteosis de la globalización*

La primera de estas condiciones fue el advenimiento por la fuerza de lo que ha sido denominado globalización, un neologismo sin una fecha de nacimiento precisa, pero ya, desde una fecha temprana, invocado aún con mayor frecuencia que el Figaro de Rossini. Bajo este amplio término son clasificados acontecimientos que, sin haber siquiera llamado a la puerta, se han incorporados a la vida diaria. Empleos, pagos de hipotecas, enfermedades contagiosas y el estilo de los zapatos que se venden en las tiendas locales pueden depender ahora de decisiones tomadas en lugares remotos: una oferta de un empresario japonés para adquirir una firma europea, la decisión de la Reserva Federal de aumentar los tipos de interés, el deseo de un gobierno africano de ocultar una epidemia, o la aptitud creativa de un puñado de diseñadores en Milán.

Tendemos a considerar la globalización como algo encantador. Todo lo que podemos hacer es rendirnos y pensar en Nietzsche: «El mundo es independiente de mi voluntad». No obstante, no se trata sólo de que los individuos se sientan inútiles. Las instituciones –familias, partidos, sindicatos, asociaciones, iglesias y, por encima de todos, el Estado–, de las que alguien podría exigir protección, se muestran igualmente desarmadas. Los Estados fracasan de forma creciente en el control de sus fronteras, se convierten en víctimas de las guerras relámpago lanzadas por los especuladores financieros, o experimentan una estrecha constricción de su autonomía política. Incluso Estados Unidos, la nueva potencia hegemónica, comprendió en la mañana del 11 de septiembre que su territorio no era un refugio seguro. El Estado-nación –la institución que una vez se impusiera como oligarca en el planeta– está perdiendo su poder de forma progresiva.

La globalización se halla lejos de ser un monstruo sin cabeza, y mucho se ha escrito en los últimos años para identificar las fuerzas que regulan sus

<sup>5</sup> La democracia cosmopolita ha sido un proyecto político colectivo, concebido conjuntamente por David Held, Mary Kaldor, Richard Falk y yo mismo. Véase Daniele ARCHIBUGI y David HELD, eds., *Cosmopolitan Democracy*, Cambridge, 1995.

dinámicas. Se han acuñado nuevos términos —«regímenes internacionales», «mecanismos de control», «gobernanza», etc.— para describir cómo se toman las decisiones aun en el caso de que no exista una cadena explícita de mando. David Chandler ha señalado los modos en los que se está recreando una hegemonía política y militar; Peter Gowan ha demostrado que los intereses económicos han sido los más rápidos a la hora de reorganizarse en el nuevo clima internacional. En ambos casos, únicamente un país, Estados Unidos, cuenta con el poder político, económico y militar necesario para asegurar sus intereses. Sin embargo, ningún país hoy día puede escaparse a las interacciones con otras partes del globo. Desde luego, no estamos viviendo una situación de anarquía internacional; a pesar de todo, muchas de las decisiones que afectan a nuestras vidas son tomadas entre bastidores por figuras en la sombra, gente sobre la cual ni nosotros ni, al parecer, nuestros gobiernos, ejercitan ningún tipo de control. El Estado podría erigirse en un útero protector calmando las ansiedades de su población; no obstante, ha fracasado con demasiada frecuencia en proporcionar aquello que había garantizado anteriormente. La globalización hace aún más difícil para éste colmar su contrato con los ciudadanos.

La desorientación causada por la falta de una autoridad política reconocible y visible no debería hacernos pasar por alto el hecho de que, simultáneamente, la democracia se ha asentado como una forma legítima de gobierno en el interior de los Estados. Los datos cuantitativos demuestran que 120 Estados soberanos de un total de 192 son democracias, en ellas se agrupa el 58 por 100 de la población mundial. No todos estos Estados alcanzan el nivel de democracia al que estamos acostumbrados en Occidente; los estudiosos de las ciencias sociales han acuñado el oxímoron *democradura* para definir la mezcla de democracia formal y dictadura en el poder de facto en muchos países del mundo<sup>6</sup>. Los nuevos regímenes experimentan dificultades para mantener sus promesas: la democracia no genera bienestar automáticamente, no reduce la mortandad infantil ni elimina el hambre. Tampoco deberíamos dar por sentado que las democracias occidentales estén aseguradas: constantemente corren el riesgo de deslizarse hacia los precipicios de la oligarquía, la demagogia y el populismo. Después de más de una década de la nueva ola de democracia, muchos problemas continúan sin resolverse y otros nuevos han brotado de la noche a la mañana.

Sin embargo, a pesar de lo prematuro de las celebraciones acerca del triunfo de la democracia, deberíamos reconocer que, por primera vez en la historia del planeta, se ha asentado una única, si bien multicolor, forma de gestión del poder —en la cual el gobierno es la expresión de la mayoría— como legítima a escala global; esto ha sido un hecho en la teoría, no

<sup>6</sup> Guillermo O'DONNELL, Philippe SCHMITTER y Laurence WHITEHEAD, eds., *Transitions from Authoritarian Rule*, vol. I, Baltimore, 1986, p. 17.

así en la práctica. Los cosmopolitas de la Ilustración podrían ver aquí una confirmación de su profecía de que cuando los pueblos se ponen en contacto unos con otros seleccionan «de modo natural» la forma de gobierno más progresista y ventajosa para sí mismos. Para Franklin, Condorcet y Kant, el éxito de la democracia actual podría ser considerado un fruto del cosmopolitismo.

Aún así, al tiempo que la globalización ha contribuido a imponer la democracia en el interior de un mayor número de Estados, los ha convertido en menos autónomos. ¿Es posible reconciliar esta paradoja? Entre los muchos problemas pendientes de solución de los sistemas democráticos, uno ha sido tenazmente ignorado durante décadas: ¿por qué tienen que detenerse los principios y reglas de la democracia en las fronteras de una comunidad política determinada? Si las comunidades en este planeta vivieran en condiciones de perfecto aislamiento, cabría suponer que cada una perseguiría su felicidad interna a su modo. Sin embargo, esto se halla lejos de ser verdad, y la dinámica creciente de la globalización acentuará este hecho. ¿Debemos entonces resignarnos a una situación de esquizofrenia según la cual propugnaríamos que nuestras democracias se hicieran cada vez más sofisticadas internamente, rehusando al mismo tiempo entablar relaciones democráticas con comunidades externas a la propia? A largo plazo, esto resulta insostenible. Las aguas en las que navega la democracia se están estancando progresivamente, y si no logramos renovarlas a partir de afluentes sostenibles, se secarán para siempre. En la actualidad, las nuevas fuentes se sitúan únicamente en el ámbito que existen entre los distintos países. No obstante, cuando hablamos de extender la democracia más allá de nuestro privilegiado estanque nacional, arqueamos las cejas y reina el escepticismo.

El proyecto político de la democracia cosmopolita puede, por tanto, expresarse de un modo muy simple: es el intento de reconciliar el fenómeno de la globalización con los aciertos de la democracia. Parte de reconocer el hecho de que la democracia de carácter estatal, la única que conocemos hoy día, se arriesga a ser socavada por los procesos de la globalización. Al mismo tiempo, las dinámicas de la globalización han de ser reguladas, y llevar a cabo esto exclusivamente en el nivel del Estado resulta difícil, en ocasiones imposible.

Timothy Brennan ha señalado que, mientras sabemos que las comunidades estatales son unidades gestionables, nada nos garantiza que el globo lo sea igualmente<sup>7</sup>. Aún así, la democracia cosmopolita no equivale a replicar, *sic et simpliciter*, el modelo con el que estamos familiarizados en un ámbito más extenso. Pasar de la democracia nacional a la planetaria no es una mera cuestión de expansión, menos aún una cuestión de reemplazar el Estado por un gobierno global. Para responder a los retos a los

<sup>7</sup> T. Brennan, «Cosmopolitismo e internacionalismo», cit.

que nos enfrentamos hoy, tenemos que reconstruir la democracia, con un esfuerzo imaginativo análogo a la transición de las formas directas a las representativas que se produjo durante el siglo XVIII.

Muchas personas consideran que resulta demasiado ambicioso esperar que la democracia adquiera una dimensión global. Sin embargo, las transformaciones que han tenido lugar en el mundo a lo largo de las últimas décadas son enormemente vastas: la población del planeta se ha duplicado; las transformaciones tecnológicas hacen hoy posible crear conexiones anteriormente impensables, tanto en cantidad como en calidad; los recursos financieros –y el terror y el riesgo– viajan a velocidades sin precedentes. También las instituciones políticas han cambiado, no sólo a causa de que el modelo democrático se haya afianzado internamente, sino debido a que los gobiernos nacionales han tenido que ampliar su grado de coordinación política sobre cuestiones tales como los viajes aéreos, la sanidad, la inmigración, las finanzas e incluso el orden público. Sin embargo, tal y como Marx comprendió muy claramente, las transformaciones de las organizaciones institucionales son más lentas que las de la estructura social y económica. Si seguimos aspirando a que nuestra sociedad sea gobernada de acuerdo con la voluntad de los ciudadanos, tendremos que ajustar nuestras instituciones con el fin de conciliarlas con el cambio socioeconómico.

### *¿Democracia vernácula?*

Will Kymlicka ha llegado incluso a proponer que un sistema político debe ser o democrático o cosmopolita<sup>8</sup>. Ha señalado que la democracia cosmopolita exacerba las consecuencias políticas de la globalización; que las políticas públicas deberían tornarse más incisivas con el fin de asegurar que cada comunidad continúe siendo «autónoma» de un modo efectivo. Este autor exhorta al Estado democrático a que asuma responsabilidades adicionales al abordar cuestiones tales como las migraciones, los flujos de capitales, las comunidades multiétnicas y los derechos de las minorías; y a que haga, al mismo tiempo, una contribución positiva a la sociedad global fortaleciendo los derechos humanos y la ayuda al desarrollo internacional. Al eximir a los Estados existentes de estas responsabilidades en nombre de un orden global no específico, aún en proceso de constitución, se corre el riesgo de crear un vacío de poder.

Realmente cabe compartir las preocupaciones de Kymlicka. Justamente éste es el motivo por el cual, a diferencia de los numerosos proyectos federalistas mundiales con los que está en deuda, la democracia cosmopolita aspira a fomentar la gestión de los asuntos humanos a escala pla-

<sup>8</sup> Will KYMLICKA, «Citizenship in an Era of Globalization: Commentary on Held», en Ian Shapiro y Casiano Hacker-Cordón, eds., *Democracy's Edges*, Nueva York, 1999.

netaria no tanto reemplazando los Estados actuales como dotando de un mayor poder a las instituciones existentes, y creando otras nuevas. La democracia, nos recuerda Kymlicka, trabaja mucho mejor a pequeña escala de lo que pensaban Pericles y Rousseau; no obstante, cuando él señala que «la política democrática es una política vernácula» ignora los numerosos aspectos de nuestra vida diaria que ya se escapan, tanto en el ámbito del Estado como globalmente, a esta dimensión. ¿Qué significa política vernácula en India o China, por no mencionar la Suiza nativa de Rousseau? ¿Qué proporción de la población sería excluida de la misma en Canadá o Estados Unidos?

En un análisis más detenido, entonces, la cuestión de lo vernáculo continúa siendo un problema para la democracia de Estado. Así pues, o bien reducimos la política democrática a un nivel exclusivamente tribal –dejando el resto de los aspectos de la vida colectiva para que sean abordados en modos no democráticos– o tenemos que inventar dimensiones democráticas que sean también metavernáculos. En sus primeros años, muchos parlamentos nacionales acusaban la falta de una lengua común. El problema vuelve a aparecer en la Asamblea General de Naciones Unidas y en el Parlamento Europeo, y reaparecerá seguramente si se constituye un parlamento mundial<sup>9</sup>. Sin embargo, hasta la fecha, la democracia ha sido suficientemente versátil como para encontrar modos de esquivarlo, y estoy seguro de que lo mismo sucederá en el presente siglo. A pesar de su pertinencia, el argumento de Kymlicka es válido para cualquier forma de democracia en una comunidad multilingüe.

Hay quien cree que hemos hecho un uso inadecuado del término «cosmopolita»: Brennan considera más adecuado hablar de «internacionalismo»<sup>10</sup>. Los conceptos valen más que las palabras; no obstante, considero que he de defender este viejo epíteto como un rasgo para describir la democracia. La palabra «internacional», introducida por Jeremy Bentham justo antes de la Revolución Francesa, evoca dos estadios de la representación: primero, la definición del gobierno en el seno de los Estados; segundo, la formación de una «sociedad internacional» basada en dichos gobiernos. Bentham y otros muchos después de él pensaron que bastaba con que los gobiernos del Estado-nación fueran absolutamente democráticos para que también lo fuera el ámbito global. Una posición similar es defendida hoy en día por John Rawls<sup>11</sup>.

El motivo por el que he preferido hablar de democracia cosmopolita, y no internacional, es que no creo que la democratización de los proble-

<sup>9</sup> Este ideal antiguo y utópico es propuesto nuevamente por Richar FALK y Andrew STRAUSS en «Toward Global Parliament», *Foreign Affairs* (enero-febrero de 2001).

<sup>10</sup> En un sentido similar, Alan GILBERT propone la idea de una «democracia internacional desde abajo». Véase su clarividente libro *Must Global Politics Constrain Democracy?*, Princeton, 1999.

<sup>11</sup> J. RAWLS, *The Law of Peoples*, Cambridge, MA, 1999.

mas mundiales, por medio de los gobiernos de los Estados separadamente, pueda lograrse únicamente por sustitución, independientemente de lo democráticos que éstos sean. Un conjunto de Estados democráticos no genera un planeta democrático, del mismo modo que un conjunto de ayuntamientos democráticamente elegidos no genera un Estado-nación democrático. Los gobiernos nacionales han demostrado ser demasiado débiles –o incluso demasiado tramposos– como para impedir el dominio imperial en la política mundial. Las organizaciones internacionales existentes, Naciones Unidas en primer lugar y por encima de todo, siguen sin lograr la legitimidad necesaria como para oponerse a los Estados hegemónicos. Del mismo modo en que la democracia en el ámbito estatal se basa en reglas y procedimientos que difieren de los de las autoridades locales, y no se limita a la suma de sus diversas partes, la democracia global no puede fundarse exclusivamente en la democracia en el seno de los Estados. Es necesario añadir un nivel de representación política a los ya existentes. Los ciudadanos necesitarán jugar un papel más activo, con una función dual, dentro del Estado al que pertenecen y del mundo en el que viven.

### *Tras el proletariado*

Brennan evoca el internacionalismo proveniente de otra gloriosa tradición por la que siento una gran simpatía: la del movimiento obrero y las diversas asociaciones internacionales de trabajadores del siglo XIX y principios del XX, cuya consigna quedaba reflejada en la célebre consigna, «Trabajadores del mundo ¡uníos!». A pesar de seguir siendo un faro inspirador en la lucha por una sociedad global más justa, esta consigna, a pesar de todo, ha de ser revisada. El internacionalismo proletario presume que un mundo sin clases carecería de conflictos entre grupos organizados, y que ninguna comunidad dominada por trabajadores sentiría la necesidad de subyugar a otra. Como consecuencia, no habría necesidad de imaginar formas políticas internacionales que posibilitaran la mediación y resolución de los conflictos. La soberanía a la que apelan Brennan, Chandler y Gowan se evaporaría, en su opinión, junto a su sustentador, el Estado burgués. Necesitamos repensar el programa político, no el espíritu del internacionalismo proletario. La democracia cosmopolita aboga por la creación de instituciones y canales de representación de todos los individuos, no simplemente de los de una única clase. El objetivo no es la abolición de las clases, sino, de un modo más modesto, asegurar que las exigencias de los ciudadanos, independientemente de su clase, sean directamente representadas en las cuestiones globales. Esto supone que las resoluciones sean tomadas por la mayoría, en lugar de por una única clase. Parafraseando el *Manifiesto Comunista*, Ulrich Beck ha lanzado una nueva proclama: «Cosmopolitas del mundo ¡uníos!». Ser un cosmopolita ahora ya no es simplemente sentirse un ciudadano del mundo sino, también y por encima de todo, un ciudadano *para* el mundo.

El programa de la democracia cosmopolita no es políticamente neutral. Existen disparidades sustanciales en el acceso a los recursos globales: algunos cuentan ya con foros globales a su servicio. Las grandes compañías multinacionales, los aparatos de defensa y las Administraciones del Estado coordinan sus políticas por todo el mundo. Aunque pueda existir cierta transparencia, en la práctica las decisiones son tomadas habitualmente sólo por un puñado de oligarcas (por ejemplo, el Consejo de Seguridad de la ONU), mientras en otros lugares (no hay más que pensar en el G8 o la OTAN) existe un grado más elevado de secretismo que en el ámbito nacional. Además, existen ciertas organizaciones –definidas eficazmente por Brennan como «organizaciones partidistas transnacionales»– que operan sin ninguna forma de control; no tenemos ni idea de las decisiones que se están tomando, ni de cuándo o dónde se toman.

Estos centros ocultos de poder no son nuevos en absoluto. Operan en el seno de todos los Estados, incluidas las democracias más exquisitas. Sin embargo, el objetivo de los procedimientos de la democracia estatal ha sido el de limitar su ámbito de acción; es la ausencia de instituciones responsables a escala global –un vacío democrático que precisa ser llenado– lo que permite que prevalezcan estas prácticas oscuras. Hoy la democracia cosmopolita beneficiaría en gran medida a aquellos excluidos de los procesos de toma de decisión, es decir, la mayoría del planeta. Chandler, Brennan y Gowan señalan acertadamente los peligros inherentes a una nueva hegemonía fundada sobre el predominio de Estados Unidos, para el que instituciones tales como la OTAN, el FMI y la OMC proporcionan instrumentos eficaces. El desacuerdo en este punto no reside en el análisis de este nuevo orden mundial, sino en el proyecto político necesario para contrarrestarlo. No podemos evitar llamar la atención sobre el hecho de que estos autores dedican bastante más espacio al análisis crítico de la situación actual que a las propuestas concretas para salir de ella. Imprudentemente, los defensores de la democracia cosmopolita piensan que resulta más eficaz contrarrestar este diseño hegemónico imponiendo una red global de control democrático, que encerrándose en el interior de las comunidades estatales existentes.

### *Política y poder*

Otra línea de crítica –en un espíritu directamente más realista– acusa a la democracia cosmopolita de ignorar el hecho de que la autoridad política se genera únicamente mediante el ejercicio de la fuerza. Cualquier forma de centralización más intensificada no puede sino traducirse en un gobierno mundial totalitario, una opinión que Geoffrey Hawthorn ha expresado en estas páginas. Su línea de ataque, sin embargo, se tambalea precariamente entre dos visiones: una que contempla la democratización de la sociedad global como algo imposible y otra que la considera como algo peligroso. Coincido con Hawthorn cuando señala que los «partidos son organizaciones que aspiran al poder», sin embargo, él no acaba de añadir

que los sistemas políticos funcionarían mejor sin partidos. ¿Estaría él por poner fin al Partido Laborista Británico o al Conservador? Parece dudoso. Entonces, ¿por qué escandalizarse ante la idea de partidos transnacionales? Esta actitud representa una forma típica de esquizofrenia que se puede encontrar a menudo en el pensamiento político: lo que se da por sentado en casa es considerado impracticable o incluso peligroso fuera de ella.

Los estudiosos de política internacional deberían ser conscientes del hecho de que uno de los motivos de que la autoridad política se funda sobre la fuerza fue la percepción de una amenaza continua, real o imaginaria, desde el exterior. La existencia de instituciones democráticas globales socavaría el pretexto principal aducido por los Estados, el de la amenaza externa, para justificar la mala utilización de su propio poder coercitivo. Por lo tanto, el fortalecimiento de las organizaciones internacionales y la formación de un orden mundial fundado sobre la legalidad no sólo disminuiría las tensiones entre los Estados, sino que favorecería la democratización en su seno. Tal y como comprendieron Erasmo y Rousseau, ésta es justamente la razón por la que los aparatos del Estado se oponen a la existencia de organizaciones internacionales más eficaces. Tras la amenaza soviética, han aparecido otras periódicamente. Desprovisto de guerreros, el campo de batalla se presenta ahora poblado por marionetas con máscaras de terroristas.

No basta con repetir, como hace Hawthorn, que la fuerza es la fuente principal de legitimidad política; es necesario, además, preguntarse si la fuerza puede ser domeñada. Las poblaciones de la mayoría de los Estados-nación se han constituido en ciudadanas de comunidades democráticas. Las papeletas de votación y los sistemas jurídicos han reemplazado el fuego de artillería del campo de batalla; los sistemas antagonistas se han convertido en sistemas competitivos. ¿Por qué no debería la sociedad global experimentar una metamorfosis similar? Tan sólo los profetas y los astrólogos pueden defender que la misión sea imposible. El resto, más tarde o más temprano, tendrá que tomar parte de un lado o de otro. No se trata de una cuestión teórica, sino de una elección política. Los sueños cosmopolitas son un contrapeso programático frente los horrores del mundo moderno.

Algunos, sin embargo, han argumentado que dichos sueños han servido para facilitar el pasaje desde el bipolarismo de la Guerra Fría a la nueva hegemonía estadounidense. Chandler ha descrito eficazmente, si bien de un modo algo obvio, cómo el viejo orden mundial, fundado sobre la igualdad en la soberanía formal de los Estados, está siendo reemplazado por otro que santifica un intervencionismo militar unilateral, aunque embellecido mediante motivaciones «humanitarias». Dejando a un lado las limitaciones acerca de la autodefensa establecidas por la Carta de la ONU, Estados Unidos y sus aliados se han labrado un nuevo derecho a emplear la fuerza. Aunque Chandler admite que la aplicación práctica de la

«soberanía» ha sido, en el mejor de los casos, dudosa, él cree que, enfrentados a una tendencia vigorosa hacia una nueva hegemonía estadounidense, éste continúa siendo un concepto que puede ser empleado en la defensa de los países del Tercer Mundo frente las rapiñas de los países más ricos y poderosos. Chandler explica que las nociones de «gobernanza democrática global» han debilitado el principio de soberanía y, por tanto, favorecido indirectamente el aumento del uso de la fuerza militar. Sin embargo, ¿por qué entonces Estados Unidos, antes de dicho debilitamiento, seguía estando tan dispuesto a ir a la guerra, notablemente en Vietnam? De modo similar, la prepotente reacción militar a los ataques terroristas de septiembre de 2001 ha sido justificada primeramente acudiendo a los argumentos tradicionales de la autodefensa, y no como un medio de promover la democracia o de defender los derechos humanos.

Cualquier reformulación acrítica de la categoría ahora barroca de soberanía, en tanto baluarte de la autonomía, resulta inútil tanto en la teoría como en la práctica. ¿Cuándo ha garantizado el principio de soberanía la no injerencia? ¿Cuántas veces, en cambio, ha permitido a los gobiernos de los Estados perpetrar masacres con absoluta impunidad? La soberanía ha permitido a los dictadores «utilizar» a sus súbditos a placer con mayor frecuencia que ayudar a los Estados débiles a defenderse frente a otros más fuertes. De entre los 200 millones de personas asesinadas en conflictos políticos en el curso del siglo xx, dos tercios fueron víctimas de la violencia estatal de carácter interno<sup>12</sup>.

La protección de la vida humana es contemplada con acierto como uno de los sostenes de la arquitectura de un sistema político global; afirmar el principio de soberanía y no injerencia no contribuye en modo alguno a proteger a las víctimas de la violencia en el seno de los Estados.

El problema real, tal y como lo advierte Chandler correctamente, es que las intervenciones humanitarias de los últimos diez años han constituido una increíble sarta de fracasos. A comienzos de la guerra en Kosovo, algunos esperaban aparentemente que la OTAN se hubiera convertido en la rama armada de Amnistía Internacional. Desgraciadamente, el resultado de la intervención demostró ser una catástrofe, al igual que las que tuvieron lugar en Iraq, Somalia, y en otros lugares. El modo de conflicto preferido por la OTAN –bombardeo aéreo obsesivo, con una desconsideración inmisericorde hacia los presuntos «enemigos», desde una altitud de 10.000 metros– está diseñado con el fin de minimizar sus propias pér-

<sup>12</sup> Rudolph RUMMEL, «Power, Genocide and Mass Murder», *Journal of Peace Research* 31, 1 (1994), pp. 1-10. Aunque estos datos resultan controvertidos –Michael Mann, por ejemplo, ha señalado que la mayoría de las masacres estatales internas han tenido lugar en tiempos de guerra–, sigue siendo el caso que las fronteras de la soberanía estatal no han constituido un baluarte frente a la violencia política. Véase «La cara oculta de la democracia: la tradición moderna de limpieza étnica y política», NLR 1 (marzo-abril de 2000).

didadas. Si no hubiera víctimas entre las fuerzas de la OTAN, los derechos humanos de aquellos que supuestamente habrían de beneficiarse del bombardeo serían sistemáticamente pisoteados. ¿Sobre qué bases cabe describir un proceso semejante como «humanitario»? Más que ilegítimas, las intervenciones de la década de 1990 fueron inútiles. En esto reside el auténtico fracaso, no en la violación del ahora moribundo concepto de soberanía.

Los principios de las intervenciones genuinamente humanitarias aún están por redactarse. Para la democracia cosmopolita, esto sólo podría llevarse a cabo contando con las instituciones y organizaciones que tienen vocación y competencia para hacerlo. Enfrentados a la limpieza étnica, hemos dejado libres a los Estados más poderosos, al margen de los individuos y organizaciones de la sociedad civil, para que programen las intervenciones «humanitarias» a su capricho. El principio de no injerencia no es una solución para las víctimas del genocidio. Más bien, la categoría de soberanía debería ser reemplazada por la de constitucionalismo global, según la cual el uso de la fuerza internacional —especialmente cuando se viera impulsada por problemas internos—, no sólo sería objeto de decisiones tomadas por parte de instituciones globales, sino activamente gestionada por ellas, al igual que la regeneración del tejido social tras el conflicto.

Aparentemente, la experiencia de la década de 1990 indica que, en ausencia de instituciones y procedimientos diseñados para garantizar intervenciones verdaderamente humanitarias, resulta más beneficioso que los Estados (occidentales) se abstengan del empleo de la fuerza. No obstante, esto nos obliga a encontrar instrumentos no violentos de intervención para prevenir el genocidio, defender los derechos humanos y la libertad de los pueblos para elegir sus propios gobiernos. Chandler guarda silencio precisamente cuando debería hablar: ¿cómo deberíamos reaccionar ante las violaciones diarias de los derechos humanos?

Tanto Chandler como Gowan, y citan el ejemplo del Tribunal para los Crímenes de Guerra constituido para la antigua Yugoslavia, e instrumentalizado según los fines políticos estadounidenses en más de una ocasión, se muestran extremadamente escépticos acerca de la posibilidad de crear un verdadero sistema internacional de justicia. Comparto muchas de sus reservas acerca de estas nuevas instituciones; no, sin embargo, acerca de la idea de que la justicia internacional sería mayor si éstas no existieran. A pesar de todas sus imperfecciones, los organismos existentes son los embriones de otros más robustos, que serán necesarios para garantizar la legalidad global. Al igual que los Juicios de Nuremberg, el Tribunal para los Crímenes de Guerra en Yugoslavia se basa en el reconocimiento de que los hombres de Estado han de responder de sus actuaciones ante la ley, un principio que ahora es válido en los ámbitos nacionales, tal y como demuestra el caso Pinochet. Es preciso constituir un Tribunal Internacional contra el Crimen totalmente desarrollado; durante el otoño de 2001 podría haber sido empleado para juzgar a los terroristas, pro-

porcionando una auténtica alternativa frente al bombardeo de Afganistán. Los más fuertes no precisan de la legalidad; todo lo que necesitan es la fuerza. Son los más débiles los que han de buscar protección bajo el ala de la ley.

### *Conocer al enemigo*

Antes de que tomaran las armas para afirmar la independencia de la corona británica, los colonos estadounidenses habían exigido el derecho a participar en las decisiones políticas de su comunidad bajo la consigna: «Ningún impuesto sin representación». «Ninguna globalización sin representación» debería ser el lema de la lucha en la actualidad<sup>13</sup>. El significado es análogo; sin embargo, las dificultades actuales son mayores. Con George III, los estadounidenses tenían un interlocutor polémico visible. Sabían a qué puerta llamar, y contra quién luchar. Nuestro oponente es más camaleónico. ¿Contra quién deberíamos protestar si queremos lograr mayor responsabilidad en las decisiones globales? ¿Contra los gobiernos de los países más poderosos? ¿Contra las compañías multinacionales más importantes? ¿Contra poderes tan fuertes que resultan invisibles?

En Seattle, Praga, Goteburgo, Génova, recientes cumbres intergubernamentales se han enfrentado con vivas manifestaciones de protesta; de hecho, el efecto más conspicuo de estos encuentros de los poderosos parece haber sido el de volver a despertar el espíritu de la oposición. No obstante, la protesta prevalece ante la propuesta. Un rasgo marcado de estas confrontaciones ha sido el uso extremo de la violencia por parte de los aparatos del Estado, no sólo en Italia, donde la policía de Berlusconi experimentó la necesidad de enseñar la «ley de la porra» a los manifestantes en Génova, sino también en la más civilizada Suecia. La reacción histórica en contra de los manifestantes antiglobalización refleja la paranoia de los gobiernos, temerosos de que su secreto más recóndito —que ni siquiera ellos tienen el control de la globalización— esté a punto de salir a la luz.

Los colonos estadounidenses aprendieron de primera mano que su batalla política no sólo podía ganarse mediante la revuelta. Para liberarse de la corona británica, tenían que diseñar una carta de derechos y una constitución. Hoy en día el movimiento multicolor que está luchando contra el proyecto hegemónico del capitalismo ha de pasar de la revuelta al proyecto. No es suficiente estar en contra de lo que está sucediendo; es necesario también proponer soluciones realizables. El proyecto cosmopolita trata de seguir el largo y sinuoso camino hacia la sociedad global, fundada sobre los valores de la legalidad y la democracia. Sin embargo, el hecho de que aún quede un largo trecho por recorrer no significa que no se

<sup>13</sup> Estoy repitiendo a Ian CLARK, *Globalization and Fragmentation*, Oxford, 1997.

puedan postular objetivos concretos a los que dedicarse aquí y ahora; sobre la base de estos objetivos hay que seleccionar a nuestros aliados y adversarios.

Tras el hervidero de comentarios que se han intercambiado tras el 11 de septiembre, sobra repetir aquí que la globalización no sólo implica finanzas y moda, sino también terror. Ningún rincón del mundo está ya a salvo. La cosmópolis no sólo es una utopía, sino también una pesadilla. Aún así, los ataques terroristas y la reacción militar estadounidense sirven para confirmar que lo que necesitamos es una gestión democrática de los acontecimientos globales, no represalias de alta tecnología. La caída del Muro de Berlín despertó expectativas de que la política mundial se estuviera desplazando desde el gobierno de la fuerza hacia una sociedad global fundada sobre la legalidad. La última década se ha quedado corta en muchos aspectos. A pesar de todo, el 11 de septiembre no debería permitir borrar para siempre las esperanzas generadas durante los últimos diez años. Enfrentada tanto al ataque terrorista que aconteció en aquel día como a los meses de bombardeos en Afganistán, la perspectiva cosmopolita sigue manteniendo lo que ya mantenía durante la Guerra del Golfo y la crisis en la antigua Yugoslavia: un acto criminal no basta para justificar el desencadenamiento de la fuerza bruta.

No se puede combatir contra los terroristas con sus propias armas; los Estados democráticos deben apuntar no sólo a aquellos que son directamente responsables de los actos criminales. Los terroristas y sus cómplices estarán mejor equipados para escapar al bombardeo, mientras los afganos comunes son ciertamente los que más sufren la intervención militar occidental. Cuando las bajas sean contabilizadas, si es que algún día lo son, seguramente saldrá a la luz que la vasta mayoría son «colaterales» civiles (por emplear este siniestro eufemismo), quizá junto a unos cuantos cientos de fanáticos analfabetos armados, y sólo un diminuto puñado de terroristas relacionados con los acontecimientos del 11 de septiembre<sup>14</sup>. El cosmopolitismo democrático propugnaría exactamente el curso opuesto al que ha tomado el gobierno estadounidense: la utilización de la policía, de los tribunales internacionales y de la ONU con el fin de castigar a los terroristas criminales. A pesar de escépticos como Chandler, estas instituciones son la mejor herramienta que tenemos para defender a los civiles del uso indiscriminado de la violencia.

Estados Unidos prácticamente ha obtenido una unanimidad total entre los gobiernos, no sólo en lo que se refiere a la condena del terrorismo, sino también en relación a las represalias; Arabia Saudí, Pakistán, Libia y las autoridades palestinas se han manifestado a favor de la intervención militar. Sin embargo, al mismo tiempo, grandes masas del mundo marginado

<sup>14</sup> A diferencia de Richard FALK, no veo cómo esta guerra podría haberse convertido en una guerra justa. Véase su «In Defence of 'Just War' Thinking», *The Nation* (24 de diciembre de 2001).

están celebrando las hazañas de un criminal paranoico insignificante, Osama bin Laden; existe el peligro de que las filas de terroristas potenciales se alimenten con nuevos reclutamientos. Luchando contra un monstruo se corre el riesgo de generar otro. Saddam Hussein fue armado para contener a Irán, Bin Laden y los talibanes para contrarrestar la invasión soviética. Después de septiembre, Pakistán se dibujó como la nueva potencia nuclear que ha disfrutado del apoyo indiscriminado de Occidente. Más tarde o más temprano, los *golems* se vuelven en contra de sus señores y a veces se vuelven más fieros que los enemigos que estaban destinados a aniquilar. La democracia cosmopolita ha sido tachada de ingenua e inútil; no obstante, tras años de *Realpolitik*, ¿cuál es el resultado? Un nuevo conflicto ha aparecido en el escenario de la historia, uno que la supremacía política y militar de Estados Unidos y de Occidente se ha mostrado incapaz de prevenir. No podría existir un argumento más claro para retomar la política de los sueños cosmopolitas.